

KIRSTIN DOWNEY



ISABEL

LA REINA
GUERRERA

La fascinante historia de Isabel la Católica

e
ESPASA

Índice

Portada
Dedicatoria

PRÓLOGO

1. UN NACIMIENTO SIN FANFARRIA
2. UNA INFANCIA EN LAS SOMBRAS
3. AÑOS ATERRADORES
4. ISABEL SE ENFRENTA SOLA AL FUTURO
5. MATRIMONIO
6. FERNANDO Y SU FAMILIA
7. LOS RECIÉN CASADOS
8. EL VÍNCULO CON LOS BORGIA
9. PREPARÁNDOSE PARA GOBERNAR
10. ISABEL OCUPA EL TRONO
11. LA PROLE DE ISABEL
12. EL MUNDO ENTERO TIEMBLA
13. LA GUERRA DE LA REINA
14. ARQUITECTOS DE LA INQUISICIÓN
15. LA LLEGADA AL PARAÍSO
16. BORGIA LE REGALA EL MUNDO
17. TIERRAS DE VANIDAD E ILUSIÓN
18. FE Y FAMILIA
19. LOS TURCOS A LAS PUERTAS
20. ISRAEL EN EL EXILIO
21. TRES HIJAS
22. UNA IGLESIA SIN PASTOR

23. LA MUERTE DE LA REINA ISABEL

24. EL MUNDO DESPUÉS DE ISABEL

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

Ilustraciones

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Para Laura Gregg Roa, que se sentó conmigo en el malecón de Coco Solo, Panamá, para soñar con barcos veleros y tierras lejanas, y con la reina que envió al explorador hasta nuestras costas.
(1957-2009)*

PRÓLOGO

En un castillo sobre un promontorio escarpado desde el que se divisaban las planicies barridas por el viento de la España del centro-norte, una esbelta princesa pelirroja ponía fin a los preparativos de una ceremonia que llevaría a su nación —que ya se dirigía hacia la anarquía— a una verdadera guerra civil.

Su nombre era Isabel y acababa de saber que su hermano mayor, el rey Enrique —conocido como Enrique el Impotente, nombre que simbolizaba tanto sus fracasos administrativos como sexuales—, había muerto.

La lasciva y joven esposa del rey Enrique, que había dedicado su tiempo a conceder sus favores a los demás caballeros de la corte, había tenido una hija, pero eran muchos los que dudaban de que el rey fuera realmente el padre. Isabel había decidido poner fin a la controversia sobre la sucesión coronándose reina. En definitiva, aquella mujer de veintitrés años estaba orquestando un golpe de Estado.

Ninguna mujer había gobernado los reinos unidos de Castilla y León, el territorio más grande de la península Ibérica, en más de doscientos años. En las excepcionales ocasiones en las que habían reinado mujeres, habían sido normalmente como regentes de un hijo que era demasiado joven como para gobernar. Isabel tenía un marido, Fernando, que era el heredero del vecino reino de Aragón, pero se encontraba de viaje cuando llegó la noticia de la muerte de Enrique, por lo que decidió coger la iniciativa. Tomaría la corona para ella sola.

Aquella heladora mañana de diciembre de 1474, Isabel añadió los últimos toques a un conjunto que había sido diseñado aposta para impresionar a los asistentes con su esplendor y su majestuosa grandiosidad. Se puso un elegante

vestido con joyas incrustadas. Un rubí rojo oscuro resplandecía en su cuello.

Los testigos, que ya estaban acostumbrados al boato, se quedaban ahora boquiabiertos ante una nueva visión. Por orden de Isabel, un oficial de la corte caminaba delante de su caballo sosteniendo en alto una espada desenfundada, con su hoja desnuda apuntando directamente hacia el céntit, un antiguo símbolo del derecho a hacer cumplir la justicia. Se trataba de un dramático gesto de advertencia que simbolizaba la intención de Isabel de hacerse con el poder y utilizarlo con contundencia.

Como si no hubiese nada fuera de lo común, Isabel tomó asiento en una plataforma en la plaza. Colocaron una corona de plata sobre su cabeza. Entre vítores de la muchedumbre, Isabel fue proclamada reina. A continuación, se dirigió a la catedral de Segovia. Se postró para rezar ante el altar dando las gracias e implorando a Dios que la ayudara a gobernar con prudencia y sabiduría. Veía que la tarea que tenía por delante era titánica, pues creía que la Cristiandad se encontraba en peligro de muerte.

Los turcos otomanos avanzaban por el este y sur de Europa. Los musulmanes mantenían una posición afianzada en el reino andaluz de Granada e Isabel y otros temían que supusiera una cabeza de puente para adentrarse en el resto de España. Varios papas consecutivos habían suplicado en vano que llegara algún jefe militar de mirada penetrante, un guerrero leal, que diera un paso adelante para neutralizar la amenaza. Sin embargo, era una mujer joven, madre de una hija pequeña, la que enarbolaba el estandarte.

Los medios de los que se había servido eran efectivos, pero crueles. Durante los siglos futuros, los historiadores analizarían el sentido de su vida: ¿era una santa? ¿O había sido satánica?

Sin embargo, bajo el sol de Segovia, aquella tarde de invierno no mostró indicio alguno de temor ni vacilación. Inspirada por el ejemplo de Juana de Arco, que había muerto apenas dos décadas antes de que Isabel naciera y cuyas anécdotas le habían repetido una y otra vez durante su in-

fancia, Isabel empezó también a moldearse como icono religioso. Imbuida en su interior del espíritu de su propio destino, una fe que era «ferviente, mística e intensa» [1], Isabel estaba convencida hasta lo más profundo de su alma de que Dios estaba de su lado y de que quería que ella reinara. Las dudas vendrían mucho después.

1

UN NACIMIENTO SIN FANFARRIA

A lo largo de la mayor parte de la historia de España, y especialmente en la Edad Media, cuando los linajes determinaban quién gobernaría, el nacimiento de un príncipe o una princesa en Castilla era motivo de júbilo nacional. La llegada del bebé era esperada con emoción y, a menudo, contemplada de cerca por las familias más importantes de la nación, que competían por el derecho a asistir al parto. Se organizaban fiestas en las calles, se intercambiaban regalos y el bautismo del niño era una celebración especialmente importante.

Pero cuando Isabel, hija del rey Juan II, llegó a este mundo a finales de abril de 1451, no sucedió así. Castilla contaba ya con un heredero varón, el hermanastro mayor de Isabel, Enrique, nacido de la primera esposa de Juan, y la sucesión parecía asegurada. El príncipe Enrique tenía veintiséis años, estaba casado y ya tenía su propia corte. Los hijos de Enrique, cuando llegaran, gobernarían supuestamente cuando este muriera.

La madre de Isabel, que tenía veintitrés años, era la segunda esposa del rey Juan, que no estaba presente cuando nació la niña. Isabel nació un jueves por la tarde «en la pequeña alcoba de un dormitorio con mala ventilación de la segunda planta» de un palacio poco atractivo de fachada de ladrillo, construido alrededor de un patio central de estilo romano [2]. No había siquiera chimenea en la habitación: un humeante brasero de carbón proporcionaba el único calor. El nacimiento tuvo lugar en Madrigal de las Altas Torres, un apartado pueblo agrícola de la parte centro-norte de la península Ibérica, en un lugar donde los hombres de la fa-

milia ocultaban con frecuencia a los miembros femeninos de su estirpe. Allí vivían solo unos cuantos miles de residentes, apiñados tras los muros que les protegían de los ataques. La madre de la niña y esposa de Juan era Isabel de Portugal y, a su vez, la madre de esta era Isabel de Barcelos, también de Portugal, por lo que la pequeña fue llamada Isabel, igual que su madre y su abuela. La niña era, por tanto, medio portuguesa. Entre las familias gobernantes de Iberia, ya fueran portuguesas, castellanas o aragonesas, existía la costumbre arraigada de llamar a los niños como a sus abuelos. De esta forma, a Isabel se le puso el nombre del lado portugués de la familia.

Varios días después de que su esposa diera a luz, el rey Juan envió mensajeros a algunas de las ciudades más importantes para comunicar oficialmente la noticia del nacimiento, pero lo hizo de un modo tan improvisado que resulta difícil determinar la fecha exacta. Probablemente fue el 22 de abril. En una carta con fecha del 23 de abril y enviada desde Madrid, Juan informaba a los oficiales de Segovia de que su esposa había dado a luz a una princesa, «por la Gracia de Nuestro Señor», el jueves anterior [3].

Los archiveros tampoco están seguros de dónde se bautizó a la niña. Los bautizos reales solían tener una importancia tanto política como religiosa. El bautizo de un heredero del trono se realizaba generalmente con ceremonioso esplendor en alguna de las más elegantes catedrales del reino. Sin embargo, no existen crónicas que informen de la asistencia del rey a la ceremonia. Probablemente tuvo lugar en Madrigal, en la iglesia de San Nicolás. El hecho de que nadie sepa dónde fue bautizada Isabel subraya la falta de interés general por la llegada de este bebé.

El nacimiento de Isabel supuso en muchos sentidos casi una distracción, pues sus padres estaban preocupados por las intrigas políticas que les rodeaban. Su padre se acercaba a una amarga y funesta separación de su amigo y consejero más cercano, Álvaro de Luna, un hombre a la vez brillante e implacable. La madre de Isabel empujaba a su esposo hacia esa separación. Probablemente, las consecuen-

cias de la misma serían importantes. Álvaro había orquestado el matrimonio entre los padres de Isabel, posiblemente después de mandar al otro mundo, envenenándola, a María de Aragón, la primera esposa del rey Juan. En efecto, María de Aragón, que en el pasado había ordenado a Álvaro de Luna que abandonara la corte, había desarrollado de repente unas manchas hinchadas de color púrpura por todo su cuerpo y cayó al suelo. Su hermana, una aliada que vivía en una ciudad lejana, murió esa misma semana del mismo y extraño mal [4]. La reina Isabel tenía motivos para creer que, quizá, ella también pudiera correr algún riesgo si se consideraba que sus actos ponían en peligro la fuerte influencia de Álvaro de Luna sobre su esposo y su administración.

Quizá creía que no tenía otra elección. Las circunstancias de la joven reina esposa de Juan habían sido precarias desde el comienzo. Le había resultado difícil ganarse el corazón del rey. Juan había preferido tomar como segunda esposa a una deliciosa francesa, pero Álvaro, «en secreto y sin que el rey lo supiera», había decidido que una alianza con Portugal resultaba más beneficiosa para el reino [5]. Negoció las condiciones del matrimonio sin informar a Juan, y el rey se ofendió cuando supo que no podría dar su opinión al respecto. La disconformidad del rey había sido bien sabida en el seno de la corte.

Isabel, la novia no deseada, llegó a Castilla en 1447 acompañada por un séquito portugués y se dispuso a hacer lo posible para conseguir el amor de su esposo. Juan, de cuarenta y dos años, era un hombre culto y sofisticado que leía filosofía y literatura, y era un ávido entusiasta de las técnicas pictóricas de los comienzos del Renacimiento que empezaban a utilizarse en Borgoña. Alto, de ojos azules y piel rubicunda, también era cosmopolita y amante de la diversión, y tenía una mirada lasciva. La futura esposa, de diecinueve años, se dio cuenta al instante de que tenía que competir por el afecto de su esposo. Trató de mostrarse lo más agradable posible, haciendo todo lo que le pedían, pero se inquietó al ver que no se quedaba embarazada en-

seguida [6]. Si no conseguía concebir, su esposo podría tratar de anular su matrimonio o hacer que la recluyeran y que cayera en desgracia. En aquel entonces, la mayoría de las mujeres eran valoradas principalmente por su capacidad para tener hijos, obligación aún más pronunciada entre la realeza. Si no conseguía tener un hijo, probablemente sería considerada una inútil.

No es de sorprender que la reina se sintiera amenazada por las jóvenes hermosas de la corte. Incluso una de sus camareras, Beatriz de Silva, había llamado la atención del rey. Aquello debió de colmar el vaso de la paciencia de la reina, pues hizo que apresaran a aquella mujer y la metieran en un armario del sótano, sin comer ni beber, durante tres días. La mujer salió por fin y aseguró que había sentido durante su encarcelamiento una conversión religiosa, mantuvo su rostro cubierto durante el resto de su vida para ocultar su belleza y llegó a fundar una orden religiosa. La furiosa reacción de la reina Isabel ante una mujer a la que consideraba rival era señal de que su matrimonio se alzaba sobre unos cimientos inestables. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, Juan fue mostrando más afecto por su esposa. Tras el nacimiento de la pequeña Isabel, la reina dio al rey, dos años después, un segundo hijo, el príncipe Alfonso, un nacimiento que atrajo mucha más atención. El rey Juan tenía ahora un heredero varón y otro más de reemplazo.

La relación irascible de la reina Isabel con Álvaro de Luna complicó el proceso de fortalecimiento de su matrimonio. Álvaro y el rey Juan tenían la costumbre de salir juntos de juerga: un convento convertido en burdel era uno de sus destinos preferidos. Álvaro mantenía un férreo control sobre las idas y venidas de Juan, dictando incluso a la pareja cuándo se le permitía disfrutar de las relaciones conyugales. Tenía una fuerte influencia sobre el rey, al que había manipulado para que le traspasara amplias propiedades y honores, convirtiéndole así en el hombre más rico del reino. Álvaro había sido nombrado condestable de Castilla, lo que le convertía en el primer mando militar del reino, y fue

también gran maestre de la Orden de Santiago, la orden de caballeros monásticos más acaudalada de Castilla. Solo con ese cargo Álvaro de Luna controlaba más de sesenta ciudades y comandaba a 100.000 vasallos [7].

El rey Juan le había dado el control casi absoluto del reino. En Castilla se bromeaba con que, gracias a Álvaro de Luna, Juan «no tenía otra cosa que hacer más que comer» [8].

Era comprensible que la reina Isabel estuviera descontenta con la situación, y aún más después de hacer una visita sorpresa a su esposo en la eminente ciudad castellana de Valladolid y dormir con él en sus aposentos esa noche. Don Álvaro enfureció cuando supo que ella estaba allí y fue corriendo al palacio, donde aporreó la puerta de la habitación. «¿No se suponía que se le había dicho que no viniese?», le gritó con furia a la reina ante un grupo de espectadores de la corte que se quedaron pasmados ante la fiereza de sus palabras [9]. En otra ocasión amenazó de forma explícita a la reina: «Yo la casé y yo la descasaré», dijo [10].

La reina Isabel no era la única persona que miraba a Álvaro de Luna con hostilidad. La posición privilegiada de este suscitaba envidias entre muchos de los demás nobles, especialmente entre los parientes del monarca, que pensaban que debían ser ellos quienes disfrutaran de la generosidad del rey Juan y no Álvaro de Luna. Las estrategias despóticas de aquel hombre y su codicia eran muy criticadas en todas partes. Seis años después de contraer matrimonio por segunda vez, el rey Juan se armó de valor para enfrentarse a don Álvaro y ordenar su ejecución. El cortesano fue decapitado en 1453 en una humillante ceremonia pública en la plaza principal de Valladolid. Aquella atrevida demostración de poder real conmovió a todo el reino. Sin embargo, casi de inmediato, Juan se arrepintió de su decisión, pues eso significaba que tenía que soportar sobre sus hombros, y a solas, el peso de su gobierno, algo que nunca había querido hacer. Cayó en una depresión y, en el plazo de un año, murió a la edad de cuarenta y nueve años.

La pérdida de su esposo fue otro golpe para la joven e infeliz reina. Se sumió en lo que los cronistas llamaron «una profunda tristeza», hablando solo de vez en cuando y dejando la mirada ausente, quizá al principio como consecuencia de una depresión posparto y, luego, por la soledad y la pena [11]. Tenía la creencia de que estaba siendo acosada por el espíritu de Álvaro de Luna y, a veces, imaginaba que podía oír sus gritos de dolor a través del viento durante las frías noches de invierno. Los más cercanos se dieron cuenta de que la pequeña Isabel prácticamente se había quedado sin padres, y esa situación hizo que se forjara un estrecho vínculo con su hermano más joven, que compartía con ella su frágil infancia. Los dos niños se aferraron el uno al otro.

El fatídico fracaso de la alianza política de toda la vida entre el rey y Álvaro de Luna llegó en un mal momento para Castilla, que se encontraba en un punto crítico de su historia. El reino estaba fragmentado por las disputas políticas entre nobles y por la rivalidad aún más peligrosa entre el rey y sus primos del reino vecino de Aragón, quienes siempre habían tenido la esperanza de hacerse con el control de Castilla. Los campos estaban assolados por la delincuencia, pero sus gobernantes se encontraban distraídos por una sucesión casi constante de guerras civiles.

Enrique, el hermanastro mayor de Isabel, ocupó el trono tras la muerte del rey Juan cuando ella tenía tres años. Los primeros años de su administración fueron exitosos, pero después volvieron a surgir muchos de los problemas que habían aparecido durante el reino de su padre.

Aquel alboroto personal y político tuvo repercusiones en la vida de Isabel. Enrique era poseedor de muchas virtudes, pero también tenía numerosos defectos, que empeoraban en lo referente a Isabel debido a las tensiones en el seno de la familia. Como gobernador de Castilla, el rey Enrique poseía ahora plenos poderes sobre su madrastra, la reina Isabel, que en su calidad de reina viuda merecía ser tratada con respeto maternal, aunque, en realidad, era solo tres años más joven que su hijastro. Las emociones entre los

hermanos eran una olla hirviendo de amor y resentimiento. El rey Enrique no hacía mucho por la crianza de sus hermanos pequeños, y la relación de estos con él se convirtió en fuente de tensiones y temores.

Con una infancia tan incierta, no es de sorprender que Isabel buscara consuelo en una institución que le proporcionaba la única fuente de estabilidad en su rutina diaria: la Iglesia católica, cuyos rituales presidían la vida de los cristianos europeos de la Edad Media. El reloj de la vida del mundo medieval era la Iglesia y su calendario eclesiástico. Las campanas de las iglesias tañían para anunciar el horario de los servicios: maitines, vísperas, vigilas de medianoche...; cada día del año pertenecía a un santo en particular, al que se debía especial reverencia y una forma específica de veneración. La religión tenía un papel aún más importante en la vida de Isabel que en la de la mayoría de la gente de su época, pues la corte castellana era prácticamente itinerante y se movía por el reino de palacio en palacio. Cada residencia servía también como monasterio o convento que albergaba a sacerdotes y monjas que mantenían las casas en ausencia de la familia real y que estaban presentes siempre que la familia llegaba de visita. Isabel creció, pues, rodeada de clérigos.

Esta niña que había perdido a sus padres tan pronto acudió a la Iglesia y a sus enseñanzas en busca de una orientación moral y se volvió extremadamente susceptible a las influencias de los representantes eclesiásticos, especialmente de aquellos que demostraban llevar una vida frugal y de abnegación. La limpieza y reconstrucción de la Iglesia, purificarla de toda corrupción para que pudiera crecer y mantenerla sin mácula ni herejías, se convirtió para ella en una preocupación vital. El pecado y el castigo eran temas recurrentes en Isabel, que creía que todos los seres humanos descendían de los hijos supervivientes de Noé, quien se había salvado en su arca cuando Dios ahogó al resto de la humanidad, furioso por tantas maldades de los hombres. Le encantaba el Nuevo Testamento, pero vivía bajo la férrea